

La bella de las

mejillas de rosa

Por Fernán Félix de Amador

Ilustración de López Naguil

Acabábamos de leer un poema fresco y sencillo como una margarita silvestre, que el viejo poeta impenitente había escrito a pesar de la vida.

— Mil veces dichoso — pensábamos — quien como este noble amigo guarda bastante primavera en el alma, para conseguir que florezcan margaritas en las obscuras barrancas del invierno.

Como adivinando nuestro pensamiento, dijo entonces el lírico anciano:

— No, hijo mío: no hay edad para la poesía, y si los poetas de hoy no comprenden la poesía de los viejos, es porque ellos mismos envejecen antes de haber nacido. «La poesía es una rosa de seda», me dijo cierta vez mi buen maestro, el sabio egiptólogo Máspero-bajá, que pasó veinte años largos escarbando en las arenas abrasadas de la Libia, para descubrir un pequeño poema olvidado en el fondo de una minúscula «casa de eternidad».

Te contaré, para tu propio edificio, una anecdota romántica, de la que yo fui parte en aquellos felices días de estudiante.

— Seguimos unos cuantos ilusos las clases «des études et melanges d'histoire et d'archéologie égyptienne», en el Colegio de Francia. Máspero-bajá era nuestro profesor. El paciente coleccionista de los «Cuentos populares del Egipto Antiguo», era por sí mismo un venerable papiro respetado por los años, que lo habían, no obstante, patinado como una estatua de Anubis, el escriba.

Aquella tarde la conferencia estaba dedicada a la literatura de la V dinastía menfítica. Como de costumbre, uno de nosotros iba leyendo (a mí me tocaba el turno) en un cuaderno manuscrito las anotaciones del maestro, que éste interrumpía por veces para colocar, aquí o allá, las salvedades y esclarecimientos necesarios a la mayor lucidez del texto.

Su prosa sintética desarrollaba, sin alarde alguno, los sabrosos períodos históricos, y de ellos iba surgiendo para nuestra entusiasta iniciación el esquema espiritual, cada vez más vivo, más tangible del maravilloso Egipto milenario.

«En el primer período menfita, rezaba el manuscrito, se echaron los cimientos de la astronomía, y aunque las estrellas, fijas para él como lámparas en el techo de hierro, sobre el que corren las aguas misteriosas que rodean la tierra por todas partes, eran «indestructibles», sus revoluciones fueron catalogadas cuidadosamente. Así, vemos a Horus «guía de los espacios misteriosos», o sea Hortalapshitui, el jefe. A Horus «engendrador de lo alto», Horekahri (Saturno), el más lejano de los que el ojo del hombre puede percibir sin ayuda de instrumento alguno. A Harmakhui o Hardoshir, el rojizo Marte, Sooki (Mercurio) y a Venus incomparable, que fué Duán, en su vestido rosa de la mañana, y Bonú, en el vestido azul de la tarde.»

Fuera de los tratados astronómicos, la literatura propiamente dicha fué científica y filosófica particularmente, como puede juzgarse por los diversos papiros de Berlín, de Leyden y de París. He aquí un diálogo entre el egipcio y su alma, cuyas figuras son admirables:

«Me digo a mí mismo todos los días: Como la convalecencia después de la enfermedad, así es la muerte. Me digo a mí mismo: Como el olor de un perfume de flores, como morar en un país de embriaguez, así es la muerte. Me digo cada día, como en el momento de aclararse el cielo, sale un hombre a cazar pájaros con red, y de pronto se encuentra en una comarca desconocida, así es la muerte...»

¿Y el amor?, me preguntaréis vosotros, ¿qué era del amor en aquella literatura llena de buen sentido? Poco se nos habla de él. He aquí, no obstante, a Ptahotpi, hijo de reyes, que se contenta con decirnos:

«Si eres discreto, te encerrarás en tu casa y amarás en ella a tu mujer; la alimentarás bien, la adornarás, porque los vestidos de su cuerpo y los perfumes son la alegría de su vida. Todo

el tiempo que observes este precepto, será un campo que aproveche a su dueño.»

Así es que vosotros, mis jóvenes amigos, tenéis que contentaros con este pálido papiro de Ptahotpi. Siempre la filosofía ha sido enemiga del amor.

— Sin embargo, maestro, — dije yo, — aquí al pie de estas últimas notas encuentro algo más explícito al respecto, según parece, y lei descifrando la letrilla borrosa y desordenada del sabio que fingía esta vez, una ronda juguetona de colegialas en primavera:

«¡Oh! ¡Ven, Nitokris, amada mía, ven!

«He aquí que el Jamsin terrible se retira al desierto, y que el anillo de diamante de Sondit golpea dulcemente las puertas de cristal del año nuevo.

«¡Oh, tierna y exquisita como el «pan de lirio», que preparó el brote rosado del papiro, para la mesa de los reyes! He besado tu sandalia ligera; Nitokris, amada mía, ¡ven!

«Hapi ha tendido ya su suave alfombra de púrpura sobre las arenas de la playa. Vamos al país del Paunni, que se adormece en un sueño sin fin, sobre el regazo del mar desconocido. La palmera «duma», sombreará nuestro lecho de loto y los cocodrilos llorarán de envidia, a las puertas de sándalo de nuestra vida.

«¡Oh! ¡Ven, Nitokris, amada mía, bella de las mejillas de rosa!» Y así proseguía en creciente exaltación, como el asalto amoroso del Nilo rojo, en el solsticio de estío, el cálido ritmo del viejo poema pasional. Todos escuchaban sumidos en religioso silencio, como si aquel hondo suspiro juvenil cobrara fuerza incontrarrestable al venir desde el fondo misterioso de los años.

Menfis nos aparecía así, toda vibrante bajo el intachable cielo azul, como una inmensa lira de oro, sacudida por el viento del desierto, mientras que a la sombra de sus jardines, la reina Nitokris bañaba su desnudez de estrella en las aguas sangrientas del sagrado río tutelar...

Cuando terminé, el anciano maestro estaba pálido como el papiro de Ptahotpi, al hablar de la muerte. Entrecerrados los ojos, parecía abandonarse a una intensa marea interior. Sus manos descarnadas, buscaban con cariño algo, algo perdido sin duda más allá del espacio y del tiempo.

Cuando recuperó su minuto presente, nos miró con sin igual expresión de dulzura y de tristeza.

— Muchachos, — dijo luego esforzándose en hacer firme su voz, — no quiero engañaros; el poema que acabáis de oír no pertenece a la quinta dinastía menfítica, donde vivió la «bella de las mejillas color de rosa». Es mucho más real, mucho más inmediato. Yo mismo lo compuse a los veinte años, cuando el ardiente Jamsin de la vida empezaba a soplar sobre este rostre de pergamino que hoy me queda. ¿La reina Nitokris? Conocéis sin duda su historia. Fué aquella hermosa leyendaria, a quien mientras se bañaba en el Nilo un águila arrebató su sandalia ligera, para dejarla caer luego expuesta sobre las rodillas de Nihimsauf II. Este príncipe sentimental, maravillado sin duda del prodigioso augurio, buscó por todas partes a la dueña de la breve sandalia, ni más ni menos que el del cuento de Cendellón, y al hallarla tan bella, la llevó consigo para sentarla en el trono de Menfis.

Pues bien, muchachos, yo también encontré a los veinte años la sandalia de la bella reina Nakrit, de las mejillas color de rosa, y por eso he sido egiptólogo.

Decía mal cuando observaba que poco lugar encontró el amor en la antigua literatura filosófica del período menfítico. El es hermano predilecto de la poesía y la poesía triunfa de los siglos. Es eterna y siempre joven, como una rosa de seda.

Y viendo que le escuchábamos con emocionante veneración cariñosa, terminó resolviendo sus lágrimas eminentes en una franca sonrisa:

— Muchas gracias, muchachos; ¡no siempre se ha sido viejo, qué diablitos!...

